

8. La guerra de valores y la división del «pueblo»

EL NEOLIBERALISMO es un verdadero Jano, con una cara dinámica y modernista, por un lado, y una cara conservadora, por otro, que otorga un lugar central a la tradición, a la familia e incluso a la religión cristiana. Como vimos anteriormente, las estrategias propias de las doctrinas neoliberales presentaron, desde el comienzo, la dificultad de articular dos aspectos: la modernización de la sociedad para adaptarla al orden del mercado y la defensa o «restauración» de las formas de vida tradicionales como modos de encuadramiento jerárquico y de normalización autoritaria de la población.

El recurso a los valores tradicionales de la familia, la religión y la nación —que hoy revisten una importancia decisiva para los distintos gobiernos y partidos de derecha y extrema derecha (Trump, Bolsonaro, Viktor Orbán, Jarosław Kaczyński, etc.)— no tiene, en este sentido, nada de absolutamente original ni de anormal desde el estricto punto de vista de la historia del neoliberalismo. El núcleo moral y religioso, tradicionalista y familiarista del neoliberalismo doctrinario desempeñó un papel fundamental en las primeras implementaciones de la contraofensiva antiigualitaria de Pinochet, Thatcher y Reagan. Perfectamente resumido mediante el tríptico «fe, familia, libertad» de la derecha cristiana norteamericana, este programa ha crecido poderosamente en los últimos años. La cuestión, por lo tanto, no es si el neoliberalismo se sirvió de una ideología completamente ajena, sino cómo esta

restauración de los valores tradicionales está intrínsecamente ligada a sí mismo.

Limitarse a criticar la forma más conservadora y autoritaria del neoliberalismo sería, sin embargo, limitarse a una visión muy parcial de su realidad contemporánea. Porque, si el neoliberalismo gubernamental logró imponerse como una fuerza hasta ahora irresistible de transformación de la sociedad, se debió a su desdoblamiento en una versión reaccionaria de derecha y una versión modernista de izquierda. Tomada en su versión de izquierda, la gubernamentalidad neoliberal consistió en dar la espalda a la lucha histórica por la igualdad social en beneficio de «causas» culturales y morales que, aunque legítimas, no pueden sustituir por sí mismas la cuestión central de las desigualdades sociales y económicas entre las clases. Al permitir ocultar el acuerdo fundamental sobre la orientación neoliberal en lo económico, este desplazamiento de la oposición política en el terreno de los valores es uno de los fenómenos políticos más importantes de las últimas décadas. De hecho, permite explicar cómo el neoliberalismo se ha ido apoderando del espacio de los posibles políticos y cómo la versión más autoritaria y conservadora del neoliberalismo ha podido triunfar en cierto número de países.

Esta división de los neoliberalismos de gobierno tuvo el efecto de polarizar y saturar el conjunto del espacio político en los países capitalistas desarrollados. Nancy Fraser propuso esclarecer esta saturación política recurriendo al concepto gramsciano de hegemonía y distinguiendo el «neoliberalismo reaccionario» del «neoliberalismo progresista», puesto que cada uno de estos remite a un «bloque hegemónico» en la sociedad y forma así, con el otro, una especie de *duopolio político-ideológico*.¹ Por interesante que sea esta distinción, no explica cómo se constituyó históricamente esta división ni cómo opera. Esto solo puede hacerse mediante el análisis del juego dinámico de la contrariedad entre dos tipos de estrategia política.

¹ Nancy Fraser, «From Progressive Neoliberalism to Trump –and Beyond», *American Affairs*, vol. 1, núm. 4, invierno de 2017. Recordemos que, para Gramsci, un «bloque histórico hegemónico» no es solo una alianza de clase, sino la unificación de la economía y de la cultura en una representación homogénea de la realidad, una representación colectiva que constituye, justamente, la condición para una coalición de grupos sociales.

La *guerra de valores*² no es, por lo tanto, una especie de complemento de la lucha de clases, como podría serlo la lucha ideológica entre los partidarios del capitalismo y los del socialismo, sino que actúa como sustituto de la confrontación social y como válvula de escape de la furia de las víctimas del sistema neoliberal. Al conseguir movilizar a una parte de la población y llevarla a apoyar políticas, sobre todo fiscales, extremadamente favorables a las clases más ricas, esta guerra de valores desempeñó y sigue desempeñando un papel crucial en la perpetuación del neoliberalismo.

Una contrarrevolución cultural

En las décadas de 1960 y 1970, una serie de cambios —un clima favorable a la ampliación de los derechos de la mujer a la anticoncepción y al aborto, el avance significativo en la legislación sobre el divorcio, la disminución de la criminalización de la homosexualidad y la transexualidad, el reconocimiento de los derechos cívicos y políticos de las minorías étnicas y raciales, la afirmación de nuevos estilos de vida entre los jóvenes, la valoración estética de las transgresiones de todo tipo— sacuden en numerosos países occidentales los valores patriarcales y familiares, y, en términos generales, las costumbres, al tiempo que se acelera la secularización de las poblaciones. Como señaló el historiador Andrew Hartman acerca de Estados Unidos, la contracultura que se levantó contra la «América normativa de los años cincuenta» experimentó una serie de logros muy notorios hasta las décadas de 1980 y 1990, sobre todo en las grandes ciudades y entre las clases medias instruidas,³ en Estados Unidos y en todos los países occidentales. En respuesta, la derecha conservadora a escala mundial lideró una contrarrevolución cultural destinada a eliminar los vestigios de los *sixties* y a barrer el legado de Mayo

² En la historiografía estadounidense, se habla más bien de «guerras culturales» (véase James Davison Hunter, *Culture Wars: The Struggle to Define America*, Nueva York, Basic Books, 1991). La polisemia del término «cultura» nos lleva a optar por la expresión «guerra de valores».

³ Andrew Hartman, *A War for the Soul of America: A History of the Culture Wars*, Chicago, University of Chicago Press, 2015.

de 1968. Fue entonces cuando surgió lo que Melinda Cooper denomina «alianza neoliberal / neosocial-conservadora».⁴ Al dar lugar a una coalición con las figuras centrales del nuevo conservadurismo estadounidense (Irving Kristol y Daniel Bell en particular), esta alianza permitió conferir un poder estratégico sin precedentes a un conservadurismo que, como vimos anteriormente, se había impuesto, de hecho, desde los inicios del pensamiento neoliberal. Y se basaba en la «necesidad de restablecer la familia como el pilar del orden económico y social» o, más exactamente, del «orden del libre mercado».⁵ Thatcher ocupa un lugar singular en esta historia, al haber combinado políticamente desde muy pronto el retorno del mercado y todos los temas conservadores de la tradición, desde la familia patriarcal hasta la nación.⁶ El gran arte thatcheriano, que desde entonces siguió siendo un modelo para las derechas de todo el mundo, consistió en halagar y explotar el apego de los grupos populares a las jerarquías domésticas, a los valores religiosos y al respeto hacia las autoridades. Lo cierto es que no todos los sectores que componen la derecha sintonizaron el thatcherismo de la misma manera. En Francia o en Italia, por ejemplo, un ala modernizadora, cercana a los círculos económicos «innovadores» que solo confían en la «destrucción creadora» al estilo de Schumpeter,⁷ quiso combinar las libertades individuales con la libertad económica, mientras que, por otro lado, un ala conservadora, con su triple aspiración a la libertad económica, al conformismo social y al rigor moral, se mantenía fiel a la línea de Hayek, o incluso a la de Röpke.

Es esta derecha reaccionaria, en el sentido más estricto, tradicionalista, nacionalista, a menudo intolerante y al menos implícitamente racista, la que llevó adelante esta contrarrevolución cultural en Estados Unidos, Europa y muchas otras partes del

⁴ Melinda Cooper, *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2017, pp. 22 y ss. [ed. cast.: *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social-conservadurismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022, pp. 25 y ss.].

⁵ *Ibidem*, pp. 49 y 57 [ed. cast.: pp. 54 y 67].

⁶ Véase Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the New Left*, Londres, Verso, 1990, p. 2.

⁷ Joseph Schumpeter describió la evolución del capitalismo como el resultado de un proceso continuo de destrucción de sectores, técnicas y actividades obsoletas, reemplazadas por otros derivados de la innovación tecnológica y organizativa.

mundo, con la mira puesta en los derechos civiles, culturales y sociales surgidos del movimiento democrático de las décadas de 1960 y 1970. Esta contrarrevolución cultural adopta, sin duda, una de sus formas más explícitas en la *alt-right*, la derecha «alternativa», que tergiversa el discurso contra la discriminación para invertirlo, al denunciar la «opresión» que padecen las mayorías y las identidades tradicionales por parte de los «invasores» musulmanes, los negros y las feministas, todo ello con el trasfondo de un relato apocalíptico en el que la civilización blanca está amenazada de extinción a manos de la ideología de la igualdad,⁸ vista como una «rebelión contra la naturaleza».⁹ Frente a las teorías de la construcción social del género y la raza, estos libertarios de derecha reivindican «una nueva contracultura»,¹⁰ al tiempo que defienden un «realismo sexual» y un «realismo racial» basados en la afirmación de la diferencia biológica entre los sexos y las razas.¹¹ Como dice Wendy Brown, «esta rabia toma la forma de la “libertad” de ser racista, sexista, homófobo o islamófobo, y de repeler la “tiranía” de la izquierda que intenta prohibirla».¹² Redefinidas como «libertades» y «derechos», estas identidades de odio llaman a la violencia legítima de un Estado autoritario o a la legítima defensa.¹³

Pero esta revuelta reaccionaria también tomó la forma de auténticas «cruzadas morales», que apuntaron particularmente

⁸ Christopher Chase Rachels, *White, Right, and Libertarian*, Scotts Valley (CA), CreateSpace Independant Publishing Plateform, 2018.

⁹ Murray Rothbard, *Egalitarianism as a Revolt against Nature and Other Essays*, Auburn (AL), Mises Institute, 2000 [1974] [ed. cast.: *El igualitarismo. Una rebelión contra la naturaleza*, Madrid, Unión Editorial, 2019].

¹⁰ Hans-Hermann Hoppe, *Getting Libertarianism Right*, Auburn (AL), Mises Institute, 2018. Sobre la historia de la *alt-right* y su guerra cultural, véase Simon Ridley, *L'alt-right: de Berkeley à Christchurch*, Lormont, Le Bord de l'eau, colección «Documents», 2020.

¹¹ Quinn Slobodian, «Anti-'68ers and the Racist-Libertarian Alliance: How a Schism among Austrian School Neoliberals Helped Spawn the Alt Right», *Cultural Politics*, vol. 15, núm. 3, noviembre de 2019.

¹² Wendy Brown y Jo Littler, «Where the Fires Are: An Interview with Wendy Brown», *Eurozine*, 18 de abril de 2018.

¹³ Hans-Hermann Hoppe, *The Private Production of Defense*, Auburn (AL), Mises Institute, 2009. En uno de sus carteles de campaña, Marjorie Taylor Greene, electa a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos en 2020, posa serenamente al lado de su marido en el umbral de su prolijo chalet, escopeta en manos, bajo el eslogan «Save America, Stop Socialism!».

contra los derechos de las mujeres y movilizaron a las multitudes para rechazar el matrimonio entre personas del mismo sexo. La ofensiva contra el derecho al aborto, a la contracepción y a la libertad sexual se ha convertido incluso en un fenómeno mundial. La derecha cristiana y la extrema derecha, cuando están en el poder, cuestionan la legislación que autoriza el aborto en un gran número de países, con algún grado de éxito, como en Polonia, donde el Tribunal Supremo, en octubre de 2020, llegó a prohibir el aborto en caso de malformaciones fetales.¹⁴ La acusación de socavar el orden patriarcal se centra en la propia afirmación de la igualdad de hombres y mujeres y en la lucha contra la violencia hacia las mujeres. E incluso, a veces, la derecha en el poder vuelve a cuestionar el derecho al divorcio, como en Italia en 2018, cuando la Lega gobernaba.¹⁵ Mucho antes de que Bolsonaro accediera al poder, la derecha brasileña ya atacaba todo avance en los derechos de las mujeres, los homosexuales, los trabajadores domésticos y los negros y mestizos.¹⁶ Aunque con algunas variaciones —según los contextos culturales e históricos de cada uno de los países en los que, actualmente y con distinta intensidad y velocidad, se está produciendo este ataque directo a las libertades culturales—, asistimos a la misma retórica de guerra dirigida

¹⁴ Bajo el impulso de Estados Unidos, 32 gobiernos, entre los cuales se encuentran los de Brasil, Uganda, Arabia Saudita, Polonia y Hungría, firmaron la «declaración del consenso de Ginebra», en octubre de 2020, que pretende defender la familia oponiéndose a que el aborto sea considerado un «derecho humano».

¹⁵ En Italia, el proyecto de ley propuesto por el senador por la Lega, Simone Pillon, relativo a la tenencia compartida de los hijos en caso de divorcio, pretende restablecer la autoridad de los hombres en cuanto padres o maridos. Al suprimir la pensión alimentaria, al atribuir la vivienda al propietario y al exigir un «mediador» para regular las relaciones de familia, el decreto plantea diferentes obstáculos económicos al divorcio para las mujeres, que generalmente no trabajan y se ocupan de los niños o que no ganan lo suficiente para hacer frente a todos los gastos requeridos.

¹⁶ Se denunciaron como ataques intolerables a la «familia brasileña», al cristianismo y a la patria: la ley denominada «Maria da Penha» de 2006, destinada a proteger a las mujeres contra la violencia doméstica, la enmienda constitucional que reconoce los derechos laborales de las trabajadoras domésticas y la enmienda a la ley de protección de los derechos de la mujer, que autorizó el aborto de fetos anencefálicos en 2012, la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo por el Tribunal Supremo en 2011 y la ley de 2012 que reserva el 50 por ciento de las inscripciones a cursos y prácticas en universidades e institutos federales a estudiantes de la enseñanza pública y de origen étnico y racial negro e indígenas (la llamada «ley de cuotas»).

a un mismo objetivo: la restauración de un «orden» presentado como natural y moral, el de la tradición y la familia heterosexual definida como fundamento y valor supremo de la civilización occidental, restauración defendida cada vez en nombre de una «libertad» religiosa, única capaz de preservar los valores cristianos en el espacio público. En marzo de 2019, se celebró en Verona el Congreso Mundial de las Familias (WCF, por su sigla en inglés), al que asistieron Matteo Salvini, el ministro de Familia de la Lega italiana, Maurizio Fontana, y numerosos representantes de la extrema derecha mundial, como el líder húngaro Orbán.¹⁷ Junto con el aborto y la inmigración, el matrimonio homosexual, el «estilo de vida LGBTQ+» y la teoría de género se convirtieron en los principales objetivos de esta internacional reaccionaria.¹⁸

Esta valorización de la familia no es, en realidad, más que un aspecto de una reacción general contra la reivindicación de la igualdad. Tiene su contraparte más secular en la teoría del capital humano desarrollada por Gary Becker, miembro destacado de la Escuela de Chicago, en los años sesenta. Esta teoría, como ya señaló Michel Foucault, implica considerar la inversión privada y familiar en la educación de los hijos como una alternativa a la inversión pública, de modo que el propio préstamo bancario aparece como sustituto de la lógica de redistribución del ingreso a través de los impuestos y los servicios públicos.¹⁹ La aplicación de la teoría del capital humano a la familia, tal y como la desarrolló Becker en su tratado sobre la familia (*A Treatise on the Family*, 1981), además de justificar la desactivación del Estado

¹⁷ Este congreso fue fundado a finales de los años noventa, por iniciativa de la Nueva Derecha Cristiana norteamericana y los ultraconservadores rusos, con el objetivo de emprender una acción coordinada contra los enemigos de una sociedad «basada en la moral» y de la familia patriarcal tradicional.

¹⁸ Para un estudio de la reacción de las asociaciones religiosas católicas y musulmanas, y de los representantes de derecha electos frente a la introducción de los «ABCD de la igualdad» en las escuelas primarias en 2013, véase Fanny Gallot y Gaël Pasquier, «L'école à l'épreuve de la 'théorie du genre': les effets d'une polémique», *Cahiers du Genre*, vol. 2, núm. 65, 2018.

¹⁹ Cooper, *Family Values*, op. cit., pp. 225 y ss. [ed. cast.: *Los valores de la familia*, op. cit., pp. 230 y ss.]. Al profundizar acerca del valor de la familia en el neoliberalismo estadounidense, Cooper hace la siguiente observación: «No resulta exagerado afirmar que el activismo político de la corriente neoliberal estadounidense en los años setenta se inspiró en la idea de transformar las estructuras familiares» (p. 12).

de bienestar, también sirvió de instrumento para desacreditar las reivindicaciones propias de la izquierda contracultural y sus reclamaciones de liberación sexual. Lejos de ser retratada como un lugar de alienación u opresión, la familia se presentaba en cambio como una «empresa» en la que toda la atención de unos padres racionales debía centrarse en acumular capital humano con un rendimiento muy elevado. La promoción de los valores tradicionales de la familia, para los neoliberales, no es solo un concepto teológico-moral ni remite a una precaria consideración utilitarista, e incluso cínica. Se inscribe en una estrategia conjunta destinada a sustituir los mecanismos redistributivos y la participación en la vida pública por lógicas exclusivamente privadas en las que, conforme a la lógica de la acumulación capitalista, el carácter gratuito del trabajo reproductivo de las mujeres desempeña un papel principal.²⁰

La tradición de la «libertad» vs. las libertades reales

Los nuevos gobiernos neoliberales se muestran como los defensores de la tradición y de la nación y, a la vez, como los adalides de la «libertad individual», una expresión que, en la era moderna, tiene un valor moral universal indiscutible y proporciona al neoliberalismo un potencial legitimador cuya importancia no puede subestimarse. Esto se debe a que, según una lógica muy hayekiana, la «libertad», como ellos la entienden, forma parte de la «tradición»²¹ y se opone a todo movimiento de «emancipación».²² Esta libertad-tradición de la derecha, que incluye la exaltación de la nación soberana, la sacralización de la familia independiente

²⁰ Véase particularmente Silvia Federici, *Le capitalisme patriarcal*, París, La Fabrique, 2019 [ed. cast.: *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*, Buenos Aires / Madrid, Tinta Limón / Traficantes de Sueños, 2018].

²¹ Véanse el capítulo 6 y Wendy Brown, *In the Ruins of Neoliberalism*, op. cit., pp. 122-135 [ed. cast.: *En las ruinas del neoliberalismo*, op. cit., pp. 138-151].

²² Sobre esta oposición hayekiana entre libertad y «demanda de emancipación respecto de la moral tradicional», véase Friedrich Hayek, *La présomption fatale. Les erreurs du socialisme*, op. cit., p. 90 [ed. cast.: p. 115]: «Los que defienden esta liberación podrían destruir las bases de la libertad y romperían los diques que impiden que los hombres dañen irreparablemente las condiciones que hacen posible la civilización».

y los derechos de la religión para establecer normas, es, por lo tanto, todo lo opuesto a la libertad-*emancipación*, tal y como fue pensada por la Ilustración y luego por gran parte del liberalismo político clásico. La concepción de libertad no dejaba de lado la reflexión sobre sus medios, esto es, la libertad de prensa, la libre circulación de ideas, la educación y el sufragio universal, entendidos como otras tantas dimensiones de la ciudadanía. Quizá no se haya prestado suficiente atención a la nueva definición de «libertad» que propuso Lippmann en sus palabras inaugurales del coloquio de 1938 sobre la «renovación del liberalismo», que pretendía liberarse de las «fórmulas doctrinarias del liberalismo del siglo XIX». Este también señaló que no debía «confundirse la causa de la libertad con doctrinas como las del derecho natural, la soberanía popular, los derechos humanos, el gobierno parlamentario, el derecho a la libre determinación de los pueblos, el *laissez-faire* y el libre comercio».²³ Defendía así una profunda ruptura con lo que constituía el núcleo del concepto de libertad que en el siglo XVIII se había construido contra la opresión, al vincular los derechos humanos, las libertades civiles, la libertad política y la libertad económica.

El giro es total: el concepto de libertad ya no se refiere a toda una serie de garantías contra la opresión individual y colectiva, sino a un derecho a afirmar un conjunto de valores tradicionales autoproclamados como equivalentes a la «civilización». Es en este nuevo espíritu de la «libertad», que combina la creencia en la superioridad occidental y la defensa paranoide de una identidad asediada, en el que se basa hoy la derecha neoliberal y reaccionaria para justificar mejor sus violaciones de las libertades públicas e individuales. Los ejemplos de esta lógica liberticida abundan, lo que demuestra que estamos en las antípodas del liberalismo clásico. Se pueden citar aquí los ataques a las libertades académicas y el desprecio al que se condenan la ciencia y el arte. Brasil ofrece, en ese sentido, un abanico bastante completo de ataques gubernamentales a las libertades de pensamiento, cultura y educación, desde el nombramiento de rectores por parte del gobierno hasta el desmantelamiento de la Cinemateca, pasando por las declaraciones sin precedentes del secretario de Cultura, Roberto

²³ «Allocution de Walter Lippmann», en Serge Audier, *Le Colloque Lippmann. Aux origines du néo-libéralisme*, op. cit., p. 422.

Alvim, quien, en enero de 2020, retomó palabra por palabra un discurso de Joseph Goebbels sobre el arte, que debía ser «nacional», «heroico» e «imperativo», por no hablar de la creación de «escuelas cívico-militares» que impongan una disciplina de cuartel e inculquen valores patrióticos a los jóvenes estudiantes.²⁴ Los ataques a las universidades no son un monopolio brasileño.²⁵ El rostro más autoritario del neoliberalismo se manifiesta en la voluntad de tomar el control directo de las universidades, la investigación y la información. En Francia, donde el gobierno de Emmanuel Macron se jacta de defender la tradición de la Ilustración y la libertad de expresión, se intenta, de un modo sin precedentes desde Vichy, controlar a los investigadores universitarios y científicos, así como limitar las actividades de la prensa, como demuestra el proyecto de ley, elaborado en otoño de 2020, para redefinir la ley de 1881 sobre la libertad de prensa en nombre de un contexto marcado por actos terroristas.

La designación del enemigo y la redefinición del «verdadero pueblo»

Resultaría imposible comprender la rabia nacionalista con tintes populistas que se ha apoderado de esta derecha reaccionaria si no la relacionáramos con esta idealización de una libertad propia del Occidente cristiano, que a su vez se reduce a su población blanca. Defender las fronteras de la civilización, levantar muros contra la invasión de los extranjeros, volver a trazar los límites de un pueblo «originario» y trabajar para redefinir la identidad nacional van de la mano. Esto significa estigmatizar a los nuevos enemigos: los mexicanos para Trump, los migrantes en Italia y

²⁴ Véase Luiz Felipe Barbiéri, «Bolsonaro exonera secretário da Cultura, que fez discurso com frases semelhantes às de ministro de Hitler», *Política*, 17 de enero de 2020.

²⁵ En Hungría, el partido Fidesz, de ideología conservadora nacionalista, vulneró la autonomía de la Academia de Ciencias y puso a las universidades estatales bajo su control económico directo. Las escuelas públicas (primarias y secundarias), que dependen de la gestión y el mantenimiento de las municipalidades desde 1990, fueron estatalizadas y los programas de educación quedaron hipercentralizados. Gyözö Lugosi, «Hongrie: un mélange embrouillé de nationalisme et de néolibéralisme», *Europe solidaire sans frontières*, 15 de abril de 2019.

Hungría, los musulmanes en casi todas partes. Estos enemigos externos se suman y se mezclan con los enemigos políticos y culturales internos: el Partido de los Trabajadores en Brasil, la Unión Europea para la derecha británica y los líderes húngaros y polacos, los «islamoizquierdistas» para el gobierno de Macron y la derecha francesa. El supremacismo blanco, racista y colonialista que se observa en Estados Unidos y en algunos países de América Latina representa la forma exacerbada de este odio hacia todos los bárbaros enemigos de la «sociedad libre».

Este modo de gobierno regido por estos valores funciona demonizando a los «cuerpos extraños» para garantizar la homogeneidad imaginaria del grupo. Consiste en mantener el pánico moral haciendo creer que la identidad de la comunidad nacional está en peligro, que su integridad está amenazada por la inmigración, por la perversión intelectual de las élites, por el mundialismo y el multiculturalismo. Rediseñados así «desde arriba», y en oposición a las élites malvadas, este pueblo posee, evidentemente, todos los atributos positivos imaginables, ya sea en términos de fe, de familia, de orientación sexual o de patriotismo. Es en nombre de este «verdadero pueblo» que el Estado se permite ejercer todas las formas de coacción contra las minorías nocivas que no le pertenecen. Salvini se ha caracterizado particularmente por suprimir la protección humanitaria a los migrantes y reprimir las operaciones de rescate marítimo.

Estas derechas neoliberales y reaccionarias están reescribiendo una narrativa nacional basada en el resentimiento.²⁶ Orbán denuncia incesantemente a los numerosos «traidores a la patria», retratando la historia de su país como la eterna víctima de sus vecinos y de una Europa ingrata.²⁷ El tono de sus discursos conduce a una redefinición religiosa de la nación, respaldada por las iglesias evangélicas que apoyan a Trump o a Bolsonaro, pero

²⁶ Sobre este tema, véase Brown, *In the Ruins of Neoliberalism*, op. cit., capítulo. 5 [ed. cast.: capítulo 5].

²⁷ En Europa, el Prawo i Sprawiedliwość polaco (Derecho y Justicia, PiS) o el Fidesz húngaro promovieron fuertemente la denuncia a la Unión Europea, que impondría normas contrarias a los «intereses nacionales» en cuanto a libertades civiles, independencia de la justicia y de prensa. El doble juego de estos gobiernos es evidente: aceptan las ayudas europeas, pero rechazan todo aquello que, dentro de la Unión Europea, todavía proteja los valores liberales clásicos y un entramado social mínimo.

también por los católicos conservadores, a veces partidarios de una renovación carismática cristiana. En esta aparente mezcla de temas heterogéneos, el tono propiamente neoliberal transforma todo lo demás. Asistimos así a extrañas formas de *neoliberalización de la religión*. El mejor ejemplo de ello es la «teología de la prosperidad» de ciertas iglesias evangélicas conservadoras de Estados Unidos y América Latina, que enseña que, además de la salvación, Cristo promete a quienes pongan en práctica su fe no solo la salvación en la otra vida, sino también riquezas materiales, salud física y éxito social y amoroso. Y como este curioso evangelio asegura que los fieles recibirán el céntuplo de lo que den a su Iglesia, puede comprenderse que se trata de empresas altamente rentables.²⁸ En cuanto a la nación, esta también es reinterpretada como una *comunidad empresarial*. Trump repitió hasta el cansancio que Estados Unidos estaba en guerra económica, y que para sobrevivir era necesario alinearse tras él. Orbán hizo de esto una estrategia para los «pequeños», como dijo a su biógrafo en 2012: «Mi opinión es que hay que llevar a Hungría a una situación en la que esté en condiciones de competir no solo con los Estados europeos, sino también con nuevas potencias mundiales como China o Brasil».²⁹

Gobernar mediante valores progresistas

Pero ¿cómo es que semejante guerra de valores, llevada adelante por la derecha neoliberal más conservadora, «funciona» entre una parte de los sectores populares? ¿Cómo ha conseguido captar parte del descontento social? Si las clases populares han abandonado a la izquierda es solo porque la izquierda las abandonó antes. Desde los años ochenta, cuando la izquierda ha estado en el poder, ha seguido en líneas generales la misma política económica y social que la derecha, favorable a la globalización y a la Unión Europea en sus relaciones exteriores y sujeta a las limitaciones globales en el cumplimiento de sus metas nacionales.

²⁸ Véase Jason Hackworth, «Religious Neoliberalism», en Damien Cahill *et al.*, *The SAGE Handbook of Neoliberalism*, Sydney, SAGE, 2018, pp. 329 y ss.

²⁹ Viktor Orbán, citado en Amélie Poinssot, *Dans la tête de Viktor Orbán*, París, Solin / Actes Sud, 2019, p. 120.

A veces, incluso, ha sido más audaz o más decidida, en particular en lo que se refiere a la modernización «competitiva» del Estado según los cánones de la Nueva Gestión Pública (NGP), las privatizaciones y la desregulación de los mercados financieros. Esta es la causa principal de su lento declive como fuerza histórica de la igualdad social. De las décadas de 1960 y 1970, conservó, sin embargo, las aspiraciones emancipadoras de una gran parte de la juventud y de las mujeres. Las integró, no sin antes suavizarlas, y supo combinarlas con el mito de la empresa, el culto a la innovación tecnológica, la promoción del consumismo y el desarrollo de las finanzas de mercado.³⁰ En síntesis, la izquierda ha dejado de lado su lucha contra las desigualdades económicas, para asumir los valores culturales más «modernos» de las clases medias, plegándose sin reservas al nuevo orden neoliberal europeo y mundial. Para Nancy Fraser, este «neoliberalismo progresista» ha logrado combinar las fuerzas favorables al mercado y a la alta tecnología con el reconocimiento de los derechos de las mujeres y de las minorías, una combinación que se torna posible a través de una concepción «meritocrática» e individualista de la emancipación.³¹ Desde finales de la década de 1990 y comienzos del siglo XXI, esta combinación ha llevado al éxito político a una nueva izquierda, cuyos nombres han ido variando: los «nuevos demócratas» de Clinton, la «tercera vía» de Tony Blair y Gerhard Schröder y, más recientemente, el «progreso global» del periodo Obama.

No debe subestimarse la eficacia simbólica y política de semejante metamorfosis de la izquierda. Este cambio cerró indefinidamente el camino a cualquier alternativa política real que hubiera podido limitar o destruir la dominación neoliberal. El nuevo rumbo ha tenido graves consecuencias para las clases populares y también, incluso, para la propia izquierda. Esta misma ha dilapidado su capital histórico entre las clases populares y ha allanado el camino a la extrema derecha y a la derecha radicalizada,

³⁰ Es esta «ósmosis» que, obras como las de Luc Boltanski y Ève Chiapello (*Le nouvel esprit du capitalisme*, París, Gallimard, 1999 [ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002]) o, más recientemente, David Hancock (*The Countercultural Logic of Neoliberalism*, Nueva York, Routledge, 2019), han intentado analizar, siempre tendiendo a asimilar, sin más, el neoliberalismo con la mera recuperación del movimiento contracultural y a ocultar completamente la otra vía tradicionalista.

³¹ Fraser, «From Progressive Neoliberalism to Trump», *loc. cit.*

ansiosas por explotar el descontento social a su favor jugando con la carta de la «traición» de la izquierda.

En términos de estrategia, que es lo que aquí nos interesa, es necesario examinar el contenido y el alcance de las opciones que ha privilegiado esta izquierda neoliberal. Tal izquierda aceptó plenamente el terreno de la batalla cultural que le impuso el neoliberalismo reaccionario, lo que le permitió exhibir su diferencia sin grandes costes. Así es como participó en esta guerra de valores posicionándose en la nueva polarización del campo político. Frente al antagonismo tanpreciado de la derecha neoliberal entre «civilizados» y «bárbaros», priorizó la oposición entre «modernos» y «retrógrados». En el terreno electoral, intentó captar la adhesión de ciertos sectores de las clases media y alta, formados por individuos más jóvenes que la media, con mayor instrucción, más urbanos, más abiertos al mundo, más tolerantes respecto de la diversidad sexual, más sensibles a la ecología y menos proclives al racismo: en definitiva, menos dispuestos a soportar los marcos tradicionales y autoritarios defendidos por la derecha reaccionaria. Estos «segmentos de la población» son los que, supuestamente, deberían constituir el apoyo electoral a una alternativa moderna y liberal al autoritarismo de derecha.

Esta estrategia, al principio implícita, fue teorizada en los círculos demócratas de Estados Unidos, con un modelo estratégico válido para todas las formaciones de izquierda del mundo. El «nuevo progresismo», tal y como se lo denominó a comienzos de los años dos mil, pretende construir una coalición de cambio dirigida a asegurar a la izquierda una nueva mayoría electoral. Esta estrategia tiene dos vertientes. Por un lado, divide a la población utilizando criterios sociológicos y demográficos y, por otro, reduce la batalla política a una batalla de tipo cultural: lo que importa es la «relación con el futuro» de los diferentes segmentos de la población, su propensión diferenciada al «progreso». En la izquierda, la ruptura con cualquier modelo estratégico clasista (o incluso universalista) es clara: ya no hay clases centrales, ya no hay un relato colectivo unificador, solo hay «relaciones con el futuro» propias de «segmentos» heterogéneos, que solo podrían sumarse electoralmente sobre una base de apertura a los «cambios culturales».

Esta reflexión sobre la «nueva mayoría» fue particularmente alentada por los estrategas demócratas del Center for American Progress.³² La pregunta inicial era cómo podrían los demócratas estadounidenses reconquistar el poder tras la derrota, por un estrecho margen, de Al Gore frente a George W. Bush en las elecciones presidenciales de 2000. La respuesta de los expertos fue que la realidad electoral estaba cambiando a favor de los demócratas, debido a la evolución morfológica y cultural de la población estadounidense.³³ Los obreros que, desde el New Deal, conformaban la base indefectible del Partido Demócrata se echaban ahora en falta, lo que se debía a la desindustrialización, pero también a su desplazamiento hacia la derecha en el plano cultural. Lo que de ello dedujeron estos autores fue que la vuelta al poder de un presidente y de una mayoría demócrata en el Congreso solo podría efectuarse mediante la constitución política y, sobre todo, cultural de una nueva mayoría electoral. Implícitamente, esto significaba que los obreros estadounidenses blancos estaban definitivamente perdidos para el Partido Demócrata, ya que en ningún momento se planteó cambiar la orientación de la política económica y social cuando los demócratas volvieran al poder. Un número impresionante de encuestas electorales iban a analizar entonces de forma muy detallada los segmentos del electorado con el fin de averiguar qué categorías de la población eran las más «progresistas» y cuáles eran las más «retrogradadas». Este análisis permitiría trazar una «nueva América progresista», para retomar el título de un importante informe del Center for American Progress de 2009.³⁴ Entre ellos, se encuentran indiscriminadamente universitarios, jóvenes urbanos, inmigrantes hispanos, negros, minorías sexuales, mujeres (preferentemente que vivan solas), directivos de empresas, no creyentes, etc. Entre todos los indicadores de «progresismo» de estas categorías, dos son especialmente determinantes: el nivel de estudios y la edad. La nueva

³² El Center for American Progress es uno de los *think tanks* más importantes del Partido Demócrata, que respalda fervientemente el ala denominada «centrista» de ese partido, y es financiado por generosos donantes, como Michael Bloomberg.

³³ John B. Judis y Ruy Teixeira, *The Emerging Democratic Majority*, Nueva York, Simon and Schuster, 2002.

³⁴ Ruy Teixeira, «New Progressive America: Twenty Years of Demographic, Geographic, and Attitudinal Changes Across the Country Herald a New Progressive Majority», Center for American Progress, marzo de 2009.

América progresista ya no será la de los obreros no cualificados heredada del New Deal: estará impulsada por la llamada «generación del milenio». Se trata entonces de una visión optimista: el electorado republicano, de más edad, más blanco, más rural y más religioso está en proceso de estrechamiento sociológico y marginación geográfica, mientras el electorado demócrata es más joven y está en proceso de expansión demográfica, particularmente en las ciudades cosmopolitas, multiculturales y abiertas al mundo. El razonamiento demográfico y cultural llevó incluso a anticipar «el fin de las guerras culturales», ya que la generación del milenio y el peso creciente de las minorías terminarán por barrer el voto conservador de los trabajadores envejecidos.³⁵

La victoria de Obama en 2008 fue experimentada como la materialización más evidente de este «progresismo cultural», que impulsó a una gran parte de la izquierda gubernamental de todo el mundo a adherirse a algunas de las directrices de esta «estrategia de recambio electoral». En la primavera estadounidense de 2010, el Center for American Progress convocó un grupo de trabajo con representantes de partidos socialdemócratas de todo el mundo, y en particular europeos, para estudiar la manera de conformar mayorías alternativas.³⁶ En 2011, este «progresismo cultural» retumbó fuertemente en Francia, con la publicación de un informe del *think tank* francés Terra Nova, cercano al Partido Socialista francés (PS) y que, de hecho, duplicaba en gran medida el trabajo del Center for American Progress.³⁷ Sin embargo, el informe proponía dos argumentos bastante novedosos. Por un lado, la adhesión de los trabajadores a los valores de la derecha y de la extrema derecha no se debe a las políticas neoliberales, sino a los valores de Mayo del 68, que dañaron al tradicionalismo

³⁵ Ruy Teixeira, «The Coming End of Cultural Wars», Center for American Progress, julio de 2009.

³⁶ El proyecto, llevado adelante por el Center for American Progress y la Fundación Ideas para el Progreso, que depende del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), pretendía construir en todos lados el mismo tipo de estrategia «ganadora», en tanto la evolución del voto de los obreros hacia la derecha y la extrema derecha era considerada una realidad generalizada. En 2010, los dos exdirigentes, Felipe González y Bill Clinton, crearon un «consejo del progreso global» destinado a formar a los nuevos líderes. Esta estrategia del «progresismo» fue adoptada por Macron y los socialistas que se alinearon con él en 2017.

³⁷ Olivier Ferrand, Bruno Jeanbart y Romain Prudent, «Gauche: quelle majorité électorale pour 2012 ?», *Terra Nova*, 10 de mayo de 2011.

obrero. Por otra parte, la «nueva izquierda» ya no debe tanto proteger a los «*insiders*» como ayudar a los «*outsiders*» a emanciparse.³⁸ Los autores concluyen: «La voluntad de la izquierda de aplicar una estrategia de clase en torno a la clase obrera y, de forma más global, a las clases populares, le exigiría renunciar a sus valores culturales, es decir, romper con la socialdemocracia».³⁹ La «nueva izquierda» debe primero satisfacer a las clientelas de la «Francia del mañana», y no a las clases populares retrógradas, definitivamente perdidas para el «progreso». Valores culturales *versus* igualdad social: vemos que la campaña de Macron de 2017 no hizo más que recuperar en beneficio propio una estrategia hecha a medida para la «nueva izquierda». Esta estrategia tiene su coherencia. La cuestión social ya no es la desigualdad entre clases, sino un conjunto de obstáculos a la movilidad social y a la integración, que el «Estado emancipador» debe eludir, en particular mediante la educación, la formación profesional, el acceso a la propiedad y la cultura digital. Es fácil comprender por qué hay que concentrar los esfuerzos en los individuos más deseosos de emanciparse de las formas tradicionales de socialización, que quieren «moverse», «cambiar», «liberarse» de las normas morales, las creencias religiosas, el estatus profesional, los hábitos demasiado rutinarios o las «rentas de situación». La única vía política «razonable» es conformar un bloque neoliberal alternativo al de la derecha, pero *sin los trabajadores tradicionales*, e incluso contra ellos. Sabemos hoy hasta qué punto esta estrategia de contraponer los segmentos modernos de la población a los segmentos atrasados, que Hillary Clinton pretendía seguir en su campaña de 2016, se enfrentó a la movilización de un electorado republicano encendido por el cinismo populista de Trump. El desprecio que demostró la candidata por estos votantes tuvo mucho que ver en su derrota.⁴⁰ Pero, sobre todo, lo que hay que comprender es el impás histórico al que condujo la guerra cultural entre la derecha reaccionaria y la nueva izquierda progresista.

³⁸ *Ibidem*, p. 55.

³⁹ *Ibidem*, p. 13.

⁴⁰ Durante una «gala LGBT por Hillary», a comienzos del mes de septiembre de 2016, Hillary Clinton declaró acerca de los seguidores de Trump: «Generalizando, podemos situar a los votantes de Trump dentro de lo que denomino *la canasta de los deplorables* (*basket of deplorables*): racistas, sexistas, homofóbos, xenófobos, islamofóbos. La decisión es suya». Véase Frédéric Autran, «Électeurs de Trump «pitoyables»: la gaffe qui pourrait coûter cher à Clinton», *Libération*, 11 de septiembre de 2016.

Dividir al pueblo poniéndolo en su propia contra

El abandono de los sectores populares por parte de la nueva izquierda progresista, por un lado, y, por otro, la recuperación por parte de la derecha de ciertos valores de las clases populares (el trabajo, el mérito, la familia, la autoridad) han redefinido la relación entre los partidos y las distintas clases sociales. Se ha mencionado anteriormente cómo la versión más reaccionaria del neoliberalismo ha logrado ejercer hasta ahora tanta atracción sobre los sectores populares. Este éxito se debe al hecho de que el neoliberalismo produce a la vez su propio veneno (desafiliación, desigualdad social, inseguridad económica) y, en su versión de derecha, su antídoto imaginario en forma de reencantamiento de un «nosotros» compuesto por gente común y corriente, semejantes silenciosos y trabajadores, buenos ciudadanos que obedecen las normas y respetan la autoridad del Estado. Este relato unificador, que integra, en una misma nación, a todas las clases, especialmente a las clases populares, realiza una triple operación: una recomunitarización imaginaria de la sociedad, una nueva idealización del Estado soberano y una radicalización de la libertad individual.

Hablar de «populismo de derecha» para describir esta estrategia resulta problemático. Porque si bien esta expresión pone de relieve un estilo y una retórica, no refleja adecuadamente los complejos efectos de la estrategia de la derecha. No se trata tanto de «construir *un* pueblo», como sugiere el término «populismo», sino de dividirlo y, más precisamente, de un *giro* de todo un sector de las clases populares contra prácticamente todas las conquistas del movimiento obrero, contra el Estado de bienestar, contra el derecho laboral y contra los sindicatos. Al poner en juego la xenofobia y el racismo, ha conseguido romper, y para largo tiempo, toda unidad de los sectores populares en su resistencia eventual a las clases dominantes. Alimentando el odio de ciertos sectores de la población contra otros, percibidos como amenazas a su propia posición y a sus «ventajas» potenciales, vuelve al «pueblo» contra sí mismo, lo divide y lo disgrega en comunidades con identidades irreconciliables. Solo la retórica con la que un Estado fuerte se jacta de su potencia, especialmente cuando está abarrotado de leyes securitarias cada vez más liberticidas, sostiene definitivamente la creencia en la unidad indivisible de una comunidad nacional. Las contradicciones de esta estrategia son numerosas: no es fácil

combinar la norma de la competencia interindividual, el capitalismo financiero y el apego a una comunidad nacional cerrada. Por no mencionar que el estilo populista, que cuestiona tanto a las élites como la legitimidad de la representación política, tiene un efecto autodestructivo en el propio sistema político. La derecha reaccionaria se ve así arrastrada a una deriva antiliberal, incluso protofascista, como vimos en Estados Unidos durante cuatro años hasta que los partidarios de Trump irrumpieron en el Capitolio el 6 de enero de 2021, y como seguimos viendo en muchos otros países, como Hungría, Polonia y Brasil.

También podemos apreciar mejor el impás de la estrategia «progresista» de la izquierda, que creyó poder contar con los efectos culturales y emancipadores de la globalización y de la individualización de los comportamientos para asegurarse mayorías electorales duraderas e incluso, a largo plazo, invencibles. No solo creyó en su superioridad definitiva en la lucha cultural, ya que creía tener la evolución demográfica y económica de su lado, sino que también creyó que podía jugar con los segmentos clientelares compuestos por individuos ávidos de movilidad e inclusión en la profundidad de la economía de mercado. Este modo de gobierno por segmentos modernistas no siempre es electoralmente suficiente para compensar los daños sociales ocasionados por las políticas neoliberales y sus efectos sobre los propios individuos. Los éxitos de la derecha reaccionaria son la prueba más cruel de ello: solo actúan mediante una intensiva explotación del resentimiento de los grupos dominados hacia las políticas neoliberales, en particular hacia aquellas que fueron aplicadas cuando los partidos de izquierda estaban en el poder. En realidad, esta nueva izquierda no tiene la autonomía política que se le atribuye. Los «valores» que termina defendiendo, bajo la presión de la derecha y de la extrema derecha, son idénticos a las peores versiones del nacionalismo y del securitarismo de Estado. Constantemente llamada al orden por su falta de autoridad o de firmeza, tiende a responder con el «lenguaje» de la derecha y de la extrema derecha. El impás histórico es total: las políticas neoliberales conducen así a los gobiernos, independientemente de su color político y de sus bellas intenciones «modernizantes», a la brutalización de la sociedad. La apología sin ambages del Estado fuerte es su última palabra.